

Calvino. Lo mismo practicaba un tal Ambrosio Ville en Tournay, y Pedro Dathem en la Flandes del poniente. De Tournay, que se hallaba sin guarnicion, se apoderaron, poniendo en libertad á los presos por sus opiniones. Ligados los de esta ciudad con los de Valenciennes y Amberes, se reunieron de los tres puntos hasta mas de diez y seis mil con carros y armas para oír sermones y cantar sus salmos. No solo ponian en práctica el culto de las nuevas sectas, sino que hacian burla del de Roma por medio de farsas, en que se ponian en ridículo sus trajes y sus ceremonias.

Comenzaba este desórden á inspirar sérias inquietudes. De Amberes dieron parte de todo á la Gobernadora, instándola á que cuanto mas antes se pusiese en camino para dicho punto. No atreviéndose á ello Margarita, mandó en su lugar al conde de Mengel; mas su presencia en lugar de aplacar los desórdenes de Amberes, los hizo degenerar en tumulto abierto, prorumpiendo la muchedumbre en vociferaciones contra Mengel, á quien se acusaba de ser portador de órdenes secretas para plantear el tribunal de la inquisicion, objeto de tanta antipatía. Intimidado Mengel tuvo que salir de Amberes, y con este motivo volvieron los comisionados de esta ciudad con nuevas súplicas á la Gobernadora para que se pusiese inmediatamente en camino, si la queria ver salvada, y en caso de que no pudiese les mandase en su lugar al príncipe de Orange. Aceptó éste la comision que le dió para ello Margarita, apesar de sus resoluciones anteriores, y se dirigió á Amberes, de cuyo pueblo fué recibido con muchísimos aplausos. Participaron todas las clases de estos sentimientos, y los unos como los otros miraron como un salvador al príncipe de Orange. Sério éste, y circunspecto, aplacó poco á poco la efervescencia popular, y con su carácter conciliador, al mismo tiempo de hacer concesiones á los sectarios, protegió al culto católico contra las violencias de que estaba amenazado.

Mientras tanto la Gobernadora, siempre con descon-

fianza de unos y de otros, retiró el acto de indulgencia que habia concedido á los confederados. Con este motivo se reunieron estos con Brederod á su cabeza en Santron, y desde allí pidieron á la Gobernadora seguridad personal, manifestando pretensiones poco asequibles, pero con tono muy alto y decisivo. Fué portador de este mensaje el conde jóven de Mansfeld, y la Gobernadora envió á los confederados al príncipe de Orange y al conde de Egmont como sus plenipotenciarios. Preguntaron estos en nombre de Margarita qué pretensiones tenian y por qué se celebraba aquella reunion extraordinaria. Los confederados dijeron que no tenian ninguna seguridad, y que ademas se veian objetos de desconfianza y calumniados. No accedió la Regente á sus solicitudes. Destituida de consejo en aquella crisis, con gran falta de recursos, y desconfiando del príncipe y de Egmont, dijo á los confederados que esperasen la respuesta del rey otros veinte y cuatro dias.

Llegó el conde de Montigny á Madrid con el mensaje de la Regente, cuyas pretensiones eran, entre otras, la abolicion del decreto de la inquisicion, ó mas bien, el que se sustrajese de este lo que era tan odiado de aquellos habitantes. Tambien la convocacion de los Estados generales era una de las medidas urgentes que aquella princesa proponia.

Se hallaba entonces Felipe II en Valsain, cerca de Segovia, é inmediatamente mandó que se juntase el Consejo de Estado, compuesto del duque de Alba, de Gomez de Figueroa, del conde de Feria, de D. Antonio de Toledo, de D. Juan Manrique de Lara, de Rui-Gomez, príncipe de Eboly, de Luis Quijada, de Carlos Tissenac, presidente del Consejo de Flandes. En el seno de esta reunion se trataron los negocios tan delicados de los Países-Bajos; se examinó la conducta de los confederados, la irupcion de los innovadores y sus predicaciones públicas. Se debatió en el Consejo en pró y en contra, como sucede en tales casos, y una de las cuestiones mas importantes

fué la de si el rey en aquellas circunstancias debía dirigirse á los Países-Bajos. Muchos opinaron por la afirmativa: otros alegaron los grandes riesgos á que se expondría el rey, haciéndose al mar en estacion tan avanzada, opinion que prevaleció en la mayoría del Consejo. Tambien hubo opiniones de que se retirasen los edictos y se confirmase el de indulgencia. Despues de oidos á unos y á otros no resolvió allí otra cosa el rey, mas que se hiciesen rogativas y procesiones para que Dios iluminase sus consejos.

Escribió el rey á la Regente que no creía necesaria la convocacion de los Estados, y que por lo mismo no podia acceder á la adopcion de esta medida. La mandó al mismo tiempo que estuviere preparada para la guerra, allegando tres mil caballos y dos mil infantes, mientras él arreglaba un regimiento de caballería. Escribió ademas á muchos grandes del pais y ciudades principales en los términos mas corteses, exhortándolos á que continuasen con su conducta, y los sentimientos de fidelidad y adhesion á su persona. En cuanto á los edictos, aflojó algun tanto de su rigor acostumbrado. Con estas respuestas se volvieron, pues, los mensajeros; mas antes de llegar á los Países-Bajos habian ocurrido sucesos desagradables, de un órden sumamente desastroso.

Desechaban los nuevos sectarios el culto de las imágenes, que por todas partes eran objeto de su antipatía. Ya hemos visto cómo en Escocia, en Inglaterra, en Alemania, en Francia, fueron muchas veces invadidos los templos, robados los objetos del culto de algun valor, y quebradas las imágenes. De iguales violencias fueron teatro los Países-Bajos. De las predicaciones en campo abierto, pasaron á hostilizar á los templos de sus antagonistas. Mas de trescientos foragidos se presentaron en las iglesias de la Flandes occidental en Saint-Omer, Yprés, Menin y Oudenarde. Con martillos, con palancas, con todos los instrumentos posibles de dilapidacion y destruccion, invadian los altares y cometian toda clase de destrozos.

Tambien quisieron cometer estos excesos en Amberes, y se hubieran realizado á no imponer su intercesion el principe de Orange. Mas restituido á Bruselas, á consecuencia de llamamiento de la Gobernadora, quedó la ciudad abandonada y continuó el tumulto, teniendo por blanco nada menos que la catedral de la ciudad, donde, entre otras imágenes, fué despedazada la de la Virgen, objeto de gran devocion para aquellos habitantes. Los mismos excesos se cometieron en Gante, en Tournay, en Valenciennes. En Holanda y otras ciudades del norte de los Países-Bajos, se vieron los magistrados en la necesidad de retirar de las iglesias los objetos del culto, á fin de que no fuesen victima de la codicia y profanacion de los sectarios.

Alarmada la Gobernadora, y atemorizada ademas, quiso huirse de Bruselas. Mas se lo disuadieron sus consejeros, y entre ellos el famoso Viglio que estaba separado, hacia algun tiempo, de sus cargos. Accedió por fin Margarita á sus razones. Nombraron por gobernador de la ciudad al conde de Mansfeld, quien tomó medidas de defensa, aumentando la guarnicion, dando armas á los mismos criados y sirvientes de palacio.

Aconsejaron al mismo tiempo á la Gobernadora que se soltase de la cárcel á los aprehendidos por predicadores; que se diesen á conocer los nuevos edictos conciliadores que habian llegado de la corte de España; que no se hablase nada de castigos; que concediesen la seguridad personal que pedian los mendigos. El principe de Orange y el conde de Egmont se mostraron en buenos términos con la Gobernadora durante aquellas apuradas circunstancias, y despues de haberse dado promesas mutuas de sinceridad, se dirigieron el primero á Amberes y el segundo á Flandes.

Igual efecto hizo la presencia del principe de Orange en Amberes esta vez que la pasada. Restituyó á los católicos los edificios del culto, al mismo tiempo que concedió á los protestantes puntos donde pudiesen publicamente

celebrar el suyo, debiendo presentarse en estos actos sin espadas, sin ninguna clase de armas. Despues de pacificada Amberes, se dirigió el príncipe con el mismo objeto á Utrecht, á Holanda y á Zelanda, donde observó la misma conducta pacificando los ánimos y haciendo justicia á cada uno de los dos partidos.

Tambien en Bruselas trataron de hacerse con templos suyos los de las nuevas sectas; mas se negó á ello la Regente, cuya autoridad, apoyada en la energía del Gobernador y jefe de la guarnicion, fué entonces respetada.

En Tournay se suscitaron muchas disputas sobre la distribucion de lugares de culto. El Gobernador asignó á los protestantes los arrabales de la ciudad para construir sus templos; mas los nuevos sectarios se obstinaban en tenerles dentro, por hallarse allí el mayor número de sus co-religionarios; pero al fin se aplacaron, accediendo á lo que el Gobernador les proponia.

Fué en Valenciennes donde se suscitaron con estas disputas mas disturbios. Habian sido mas frecuentes en esta ciudad que en ninguna otra, sea porque hubiese mayor número de hereges, ó porque la vecindad á Francia los hiciese mas ardientes y atrevidos. Tenian entonces en su seno, un predicador de esta nacion, llamado Lagrange, que arrastraba á la muchedumbre con el poder de su elocuencia; llegando hasta amenazar á los magistrados con entregar la plaza á los hugonotes, si sus hermanos no entraban en goce del derecho de ejercer en público su culto, como lo hacian los demas cristianos. Se mostró muy celoso el conde de Egmont en Gante, capital de su gobierno, protegiendo á los católicos contra los ataques de los calvinistas, con la restitucion de los templos que les habian usurpado. Solo permitió á los nuevos sectarios uno de su culto fuera de los muros de la plaza.

Se conducian, como se ve, el príncipe de Orange y el conde de Egmont en el sentido del orden y el reposo público, mostrándose muy celosos por la autoridad de la Gobernadora y obsequiosos en servir los intereses del señor

de los Países-Bajos. Mas no por eso se hicieron gratos á este monarca, que con tanta desconfianza los miraba y tan presentes tenia sus pasos anteriores. Ademas de esto, la contemporizacion en los sectarios que estos príncipes observaban como regla de conducta no podia ser del agrado de un rey, para quien el nombre de herege encerraba todas las maldades y crímenes posibles.

Mientras tanto le apretaba con sus cartas la Gobernadora para que cuanto mas antes se presentase en los Países-Bajos. Lo mismo le decian el príncipe de Orange, el conde de Egmont y los otros grandes. Por su parte le proponia el emperador la necesidad de que alojase algo de sus pretensiones, proponiéndose hasta por mediador si se consideraba este paso necesario.

Si algun pais podia reclamar con urgencia la presencia de su rey, era Flandes sin disputa. Basta lo poco que llevamos dicho para concebir la confusion y desorden en que estaba envuelto. Por una parte edictos para el establecimiento de la Inquisicion; por otra permisos á los sectarios para que erigiesen templos de su nuevo culto. Aquí pretensiones de gobierno absoluto; allí consentida una confederacion política que imponia condiciones. La Gobernadora no tenia fuerza: los grandes que la auxiliaban no eran siempre sinceros en su profesion de fé política: entre estos mismos existian diferencias muy marcadas de carácter, sobre todo de miras y segundas intenciones. El único punto al que todas las opiniones y partidos convergían era el disgusto hácia la dominacion del rey de España.

Se hallaba á la sazón en Segovia este monarca (1566), y todos estos puntos fueron sometidos en el momento á su Consejo. Se mostraron en él los parciales de Granvela muy contrarios á los de los grandes de los Países-Bajos. A sus manejos, á sus intrigas, á sus pasos ocultos atribuian los primeros todos los disturbios de que aquella region era teatro. Dijeron que sin su conducta doble y política torcida no le hubieran inundado los hereges, ni

tenido lugar la confederacion de los mendigos, ni dándose el escándalo de las predicaciones en el campo, ni consumiéndose la iniquidad con el allanamiento de los templos y la destruccion de sus imágenes; que todos eran unos, pero que los grandes eran mas culpables que los chicos; por lo que convenia que sobre los primeros recayesen principalmente los castigos.

En este punto convinieron casi todos. Tambien se adoptó con unanimidad la idea de que el rey se presentase en Flandes. Mas sobre el modo de hacer el viaje y los que habian de acompañarle hubo diversidad de pareceres.

Opinó la parcialidad contraria al duque de Alba, y donde figuraba el príncipe de Eboli que el rey partiese sin ejército, haciendo ver el costo, los embarazos de la traslacion de tantas fuerzas á los Países-Bajos, el aire de extranjero que daria al rey el presentarse en medio de sus pueblos rodeado de fuerzas extrañas al país; lo gravoso que seria para este su manutencion, y que en lugar de aplacar los ánimos, este despliegue de fuerza y de violencia los enajenaria mas y mas del rey de España, etc.

Respondió á esto el duque de Alba que nunca eran mas necesarias las fuerzas que para imponer á un país que recurria en su desobediencia á medios tan violentos. Que el viaje del rey era mas bien para reprimir que para conciliar los ánimos; que solo se podian aplacar con el respeto y temor de los castigos. Que todos habian pecado, y por lo mismo debian ser todos merecedores de castigos; que tal vez el rey se expondría á desaires personales, no viéndose rodeado de un ejército disciplinado que se mostrase instrumento ciego de sus disposiciones.

Prevalció esta opinion como era de esperarse, y despues se trató de la ruta que seguiria el monarca. Por el mar Océano era imposible en aquella estacion hacer el viaje. Desembarcando en Italia se le ofrecian dos caminos, ó por Trento atravesando la Alemania, ó por los Alpes, Apeninos, Suiza y orillas del Rhin; mas ambas rutas

tenian el inconveniente de atravesar tierras de príncipes luteranos ó de calvinistas. Por otra parte, era preciso hacer venir de Italia las galeras en que debia de embarcarse el rey, lo que todavía era obra para algunos meses. No tenia el rey deseos de hacer el viaje de los Países-Bajos. Jamás hijo en esta parte fué tan diferente de su padre. Tan activo como éste se mostraba para presentarse donde quiera que creia necesaria su presencia, tan opuesto era el otro á dejar su gabinete, creyendo tal vez que bastaban sus disposiciones para imprimir un gran impulso en los negocios. Sin embargo, se equivocó mucho en esta parte, y tal vez á su repugnancia en visitar aquel país, se debieron una gran parte de todos sus disturbios.

Mientras se decidia y ponía en ejecucion este desig- nio de viaje, escribió el rey á la Gobernadora una carta para presentar en el Consejo, y otra secreta en que le daba otras instrucciones que no se leian en aquella. En ambas se mostraba adverso á la convocacion de los Estados generales; lo que particularmente le encargaba era que tomase cuantas medidas pudiese para hacerse fuerte, allegando el mayor número posible de tropas.

Iba en progreso la fabricacion de los templos calvi- nistas, por las medidas de equidad y de moderacion adop- tadas por los gobernadores; se dedicaron con el mayor ardor y celo á llevar adelante una obra en que tanto se interesaban sus creencias y amor propio. Grandes y pe- queños sin distincion de clases, todos se apresuraban á poner los medios que cada uno tenia por su parte; ha- ciendo donativos, llevando piedra y demas materiales, trabajando en cosas manuales cuando era necesario. So- lamente el conde Hoogstraten en Amberes hizo la oferta de tres millones de escudos, cuya especie circuló impresa en miles de ejemplares, inflamando el ejemplo de muchos que tambien acudieron con sumas muy considerables.

Habia aflojado mucho el allanamiento de las iglesias, los vínculos de la confederacion donde entraban, como he

mos dicho, católicos y protestantes. Miraron los primeros con indignación una conducta que tal vez atribuyeron á maquinaciones de los últimos. Con estas recriminaciones hubo desvíos y sospechas mútuas: muchos, sobre todo católicos, se separaron de una liga que se mostraba en parte tan contraria á sus propios sentimientos.

La Gobernadora que lo supo, pues de todo la informaban sus espías, trató de proseguir esta obra de desconfianza, desuniendo cuanto era posible los ánimos, indisponiéndolos unos contra otros. El rey, con quien consultó el negocio, le envió cartas escritas á muchos de ellos de una manera secreta, mas que no dejaba de ser pública. Naturalmente fué el designio del rey hacerlos objeto de suspicacia para los que no habian sido agraciados con esta deferencia.

Fué el conde de Egmont uno de los que recibieron estas cartas. Franco en todas sus acciones y palabras, este personaje se habia disculpado con el rey de algunas faltas suyas anteriores, y haciendo protestas de su adhesión y respeto á la persona del monarca. Le hizo contestar el rey por medio de su secretario, en términos de reprensión, manifestándole que al Rey tocaba mandar y al vasallo obedecer ciegamente sus disposiciones: que el conde de Egmont no habia hecho todo lo posible para reprimir los excesos de los enemigos del monarca, mas al mismo tiempo le dió á entender que estaba siempre en su gracia, y que contaba en todo con su enmienda para en adelante.

Tambien recibió carta del rey el príncipe de Orange, mas su contenido era en tono muy diverso. Habia el príncipe, como hemos dicho, presentado á la Gobernadora la dimision de sus cargos, á lo que no accedió la princesa, manifestándole lo necesarios y gratos al rey que eran sus servicios. Lo mismo le dijo Felipe, haciéndole ver que merecia en todo su confianza; y para darle una muestra de la sinceridad de su conducta, le aconsejaba que se precaviese de su hermano, el conde de Nassau,

haciendo todo lo posible para que se alejase de los Países-Bajos.

Al príncipe de Orange no seducian estas manifestaciones de Felipe. Sabia por sus espías cuanto pasaba en la corte de Madrid, y aun en los consejos reservados del monarca. No le era desconocido su viaje á los Países-Bajos y las intenciones que tenia. Sabia el consejo que habia dado el duque de Alba; lo que los de Granve-la habian dicho sobre la conducta de él y de los nobles. Recientemente habia caido en sus manos una carta, en que el embajador de España en Francia comunicaba esto mismo á la Gobernadora, y la hacia ver que habia llegado el tiempo de emplear medidas de rigor y de castigo. Con este motivo tuvo el príncipe de Orange una entrevista con su hermano Luis, con los condes de Egmont, de Horn y de Hoosgraten, manifestándoles el estado de las cosas, la próxima venida del rey, las resoluciones que le animaban, y el gran peligro que corrían. Inmediatamente su hermano, el conde de Nassau, opinó que se tomasen las armas; que escribiesen á los suizos que impidiesen el paso al rey; que pidiesen auxilios á los hugonotes de Francia, á los príncipes luteranos de Alemania, y que declarasen la guerra los primeros, á fin de no encontrarse desapercibidos. Mas el príncipe se opuso á esta medida tan precipitada, haciendo ver que no habian llegado á este término las cosas; que debian esperar, siempre con toda precaucion, una coyuntura mas favorable para declararse; que era preciso que el rey les diese mas motivos, lo que segun sus temores no dejaria de realizarse prontamente.

En cuanto al conde de Egmont, se mostró incrédulo á las aserciones del príncipe de Orange. Le parecia imposible que viniese el rey con las intenciones que le atribuián: que él por su parte no vacilaba un momento en los sentimientos de adhesión y fidelidad que debia á este monarca: que algunas veces por su rara desconfianza habia obrado tal vez fuera de la línea que le trazaban

sus deberes; mas que para en adelante estaba decidido á cumplir en todo con la voluntad del rey, sin apartarse en nada de todas sus disposiciones.

Desbarató algo esta obstinacion del conde los planes del príncipe de Orange, á quien era imposible hacer nada sin ayuda del primero, por su gran popularidad, y sobre todo la influencia que tenia en el ejército.

Los amigos se separaron, y aunque todos tenian que presentarse en el Consejo, donde los aguardaba la Gobernadora, solo acudió el conde de Egmont, á quien Margarita, ya sabedora de la reunion, preguntó lo que habia pasado en ella; mas en lugar de decírselo, el conde la enseñó la carta del embajador de Francia, echándola en cara la doblez con que eran tratados, y la suerte que los aguardaba por parte del monarca. Se turbó algun tanto la Gobernadora; mas vuelta prontamente en sí, negó la autenticidad de dicho escrito. Sostuvo que era apócrifo y falsificado para seducirle y estraviarle con planes suervivos; que á ella no le faltaba carta alguna del embajador; que todas las habia recibido con sus propias fechas; y ademas que era tener poca idea de la prudencia que distinguia tanto al rey de España, suponiéndole capaz de fiar á su embajador secretos de tal grado de importancia.

No es fácil decir la impresion que hizo esta respuesta en el ánimo del conde; mas debió de ser favorable, habiendo éste permanecido en la situacion pasiva que á sus amigos habia manifestado.

Mientras tanto se tomaban disposiciones para una guerra próxima; se hacian venir tropas de Alemania y otras partes, y se distribuian á los gobernadores de las provincias respectivas. Por no excitar la desconfianza del príncipe de Orange, se confiaron tambien algunas á su mando; mas haciéndole vigilar por un oficial de toda confianza de la Gobernadora, á quien daba parte de todos sus pasos y conversaciones. Tambien las recibió el conde de Egmont en su gobierno.

Con la adopcion de estas medidas variaron el lenguaje y conducta de la Gobernadora. Se puso fin al tono de consideracion y de indulgencia; se revocaron las gracias concedidas á los protestantes para erigir templos; se castigó á los predicadores; se persiguió á los que se mantenian aún confederados; se habló en fin de rigor y de castigo, y que habia llegado el término de las condescendencias.

Valenciennes, donde con mas ardor y vehemencia se habian conducido siempre los nuevos sectarios, llamó principalmente la atencion de la Gobernadora, y envió al conde de Noircarmes al frente de tropas para guarnecerle. Al llegar á la ciudad salieron los magistrados á recibirle, suplicándole no pasase adelante con la tropa; mas él les dió á entender que no les quedaba mas alternativa que recibir la guarnicion ó sostener un sitio.

Los magistrados trataban de avenirse al recibimiento de la guarnicion, habiéndose estipulado antes el número de tropas que debian componerla; mas los calvinistas rígidos y el populacho, arrastrados por los discursos del predicador Lagrange, resolvieron defenderse hasta la última estremidad, supeditando la voluntad de los magistrados y de las personas mas pudientes. En vano volvió á intimar la rendicion el general; los de adentro se mantuvieron obstinados. Para privar á la plaza de todos los socorros, ocupó dicho jefe todos los pueblos de los alrededores, habiendo tenido la fortuna de derrotar á varios destacamentos que de algunos puntos les enviaban de refuerzo.

Mientras seguia el sitio de Valenciennes, se iban aflojando poco á poco los vínculos de los confederados. Temerosos los mas comprometidos, enviaron una diputacion á la Gobernadora pidiendo garantías y seguridades. La recibió la princesa con altivez y con desprecio, diciéndoles que para nada los reconocia; que si en algun tiempo habian abusado de las circunstancias para rebelarse contra las leyes, y creerse con derecho de imponer condiciones,